

interés para el estudio del primer siglo de la Colonia desde una perspectiva sociocultural. Gracias a él ahondamos en el importante papel que jugaron los jesuitas en la conformación de la sociedad colonial desde las primeras décadas de su presencia en México. Nos adentramos en los pormenores del festejo público, elemento esencial en la vida de la capital novohispana en el que confluyen, además de la poesía y el teatro de corte humanista, una arquitectura efímera que tan bellas muestras daría a lo largo de la Colonia y que en esta ocasión se manifestó en los magníficos arcos triunfales construidos al efecto (cuya simbología es en buena medida objeto del sugerente estudio de Solange Alberro *El águila y la cruz*, publicado un año antes de la edición que nos ocupa), y las formas tradicionales indígenas, por medio de la música, la danza y los arcos florales con los que se pretendió destacar la participación de los recién convertidos en la fiesta religiosa. Ambos aspectos (la vinculación de la Compañía de Jesús al contexto de la sociedad novohispana y la caracterización de estos festejos públicos) encuentran tanto en el trabajo introductorio a este libro como en obras anteriores de Beatriz Mariscal instrumentos útiles de análisis y reflexión.

Por último, este libro resulta necesario por la forma en que facilita el acercamiento a un texto complejo desde el punto de vista lingüístico, en el que se entremezclan poemas en italiano, latín y náhuatl; en este sentido, la colaboración en las traducciones de autores de la talla de Georges Baudot contribuye a la calidad de un libro que desde ahora se convierte en un texto imprescindible para aquellos que deseen acercarse a la realidad cultural y literaria del México colonial.

BEATRIZ ARACIL VARÓN
Universidad de Alicante

ALEJANDRO SORIANO VALLÈS, *Aquella Fénix más rara*. Nueva Imagen, México, 2000; 262 pp.

Sor Juana está de moda. Gracias, en buena medida, al libro de Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (1985), sor Juana ha estado en la mira de los hispanistas, principalmente en México y en Estados Unidos. Esta efervescencia es un fenómeno positivo y promisorio; el problema es que se ha aprovechado de manera poco sana. Ahí está, por ejemplo, la proliferación de libros, artículos, congresos, etc., dedicados a la poetisa, en los que el denominador común ha sido la tácita competencia entre los sorjuanistas por ver quién dice lo más novedoso u original.

En este estado de los estudios sorjuaninos, es de destacar la aparición de un libro como éste. Soriano Vallès desafía los delirios de buena parte de los sorjuanistas con una lectura atenta, rigurosa, no comprometida con ninguna corriente particular de la crítica sorjuanina, aunque demuestra conocer bien no pocos estudios dedicados a sor Juana. Para el interesado en su obra, que no es especialista, está el texto (claro, bien escrito), además de un apéndice con una selección (que recoge lo más “popular”: “Hombres necios...”, algunos villancicos a santa Catarina, fragmentos del *Primero Sueño*, la *Respuesta a Sor Filotea*, etc.); para el especialista están las bien documentadas notas.

Soriano Vallès propone una serie de claves para reconstruir —en la medida de lo posible, con las limitaciones obvias y el forzoso grado de especulación en materias de este tipo— la historia espiritual de esta mujer singular. Para comenzar, aclara la pertinencia de intentar una nueva aproximación a la biografía espiritual de sor Juana, pues ante la avalancha de estudios sorjuaninos, podría parecer innecesario un estudio más, que pasara, como muchos, sin pena ni gloria. Sin embargo, y aquí viene la primera crítica a buena parte del sorjuanismo, el autor considera que en la mayoría de estos estudios han pesado más las preocupaciones y obsesiones de los estudiosos que las de la figura estudiada. Hasta ahora los diversos autores han leído en sor Juana lo que han querido leer; no se han abierto a lo que puedan encontrar o descubrir, pues la obra de la monja sólo les ha servido para confirmar sus ideas o teorías (o bien, se podría decir, sus *prejuicios*, apelando a la etimología del término). En opinión de Soriano Vallès, sin importar lo riguroso de la metodología que se emplee, este tipo de lecturas, en general, aportan resultados posiblemente espectaculares, pero poco sólidos.

Una vez hecha esta aclaración, Soriano propone su lectura de la obra sorjuanina, de la cual extrae los rasgos que él considera definitivos en la reconstrucción de la personalidad de la poetisa. Uno de esos rasgos, cuyo énfasis me parece atinado, es el de la soberbia intelectual, esa fría y lúcida autosuficiencia que hace tan impactante la inteligencia de sor Juana. Esta soberbia, a veces cruel, a veces velada en pasajes demasiado eruditos o en discursos poéticos ambiguos, a veces desafiante, a veces conmovedora y hermosa, está por toda su poesía y quizás de manera más evidente en sus cartas autobiográficas.

Como ejemplo de esa soberbia, el autor cita el epigrama con el que sor Juana contesta a un grosero que se burló de ella por ser hija natural (de tono tan subido que Méndez Planearte no vaciló en calificarlo de “sangriento”). En este caso, discrepo de la opinión de Soriano. Él supone que sor Juana sufría por su condición de bastarda y que debió sentirse muy herida por el ataque, de ahí la crueldad del epigrama. Y, aunque “justifica” a la monja, piensa que se “rebajó” al involucrarse en tan soeces intercambios. Es difícil saber hasta qué

punto sor Juana sufrió realmente por su bastardía, pues tal condición era bastante común en la época, y no creo que estuviera tan estigmatizada como lo hemos supuesto; pero evidentemente no soportaba la burla, y el epigrama es sólo una ilustración de la versatilidad de su pluma.

Además del epigrama, Soriano Vallès encuentra “soberbios” ciertos pasajes de la *Carta* al padre Núñez y de la *Respuesta a Sor Filotea*; yo añadiría a esa lista de alardes la empresa que se propuso con *El Primero Sueño*, imitando la gran obra de la época (*Primera Soledad* de Góngora), el ambiguo romance 56, el pasaje de la Tecuites en el prólogo al *Neptuno Alegórico*, entre otros ejemplos. Ahora bien, lo novedoso es cómo Soriano traba este rasgo con los últimos años de la vida de sor Juana. Para muchos estudiosos resulta inexplicable que sor Juana haya renunciado a las letras, al estudio, a los versos, a todo aquello que había sido su mundo, y se haya dedicado a ser una monja ejemplar. Este misterio no lo es tanto, si —como sostiene Soriano— vemos a sor Juana no sólo como “la doncella de la inteligencia”, sino como religiosa, y religiosa del siglo xvii. Según el autor, sor Juana pareció estar consciente siempre de que su inclinación intelectual no era mala en sí; que el riesgo estaba en la vanidad y soberbia que su celebridad engendraba. La lucha que libró, entonces, no fue contra unos indefinidos y feroces detractores, sino que fue una lucha interna entre su soberbia intelectual y la humildad ante Dios. Tratándose de una católica (y monja) era natural que en algún momento se impusiera el sentimiento religioso, y más concretamente, la preocupación por la salvación.

No creo que el final de sor Juana tenga una sola y única explicación, pero la cuestión religiosa es fundamental e inobjetable, y hasta ahora buena parte de la crítica la ha dejado fuera, quizás por considerarla poco vistosa.

Otra pieza en el misterio de esos años finales de la jerónima es, de acuerdo con Soriano, la envidia. En efecto, la Fénix de América acaparó tanto los asombros como las envidias de sus contemporáneos. Si sor Juana sufrió algún martirio, alguna persecución, alguna conspiración, no fue otra cosa sino los de la envidia. A lo largo de toda su obra encontramos conmovedoras alusiones a este dolor: en su *Carta* al padre Núñez (“¿De qué embidia no soi blanco? ¿De qué mala intención no soi objeto?”); en la *Respuesta a Sor Filotea* (“Aquella ley bárbara de Atenas...”); en el famoso parlamento de Leonor en *Los empeños de una casa*; en la hermosa letra 5 de los villancicos dedicados a santa Catarina (“Porque es bella la envidian, / porque es docta la emulan: / ¡Oh qué antiguo en el mundo / es regular los méritos por las culpas”) etc. Y con la envidia van trabadas otras cuestiones: la soledad, provocada también por el necesario aislamiento que implica el trabajo intelectual, y la incompreensión por parte de quienes la rodea-

ban. ¿Por qué no pensar que sor Juana llegara a cansarse de su celebridad, que más dolor que gozo le atraía? Pues, como bien lo expone Soriano, sor Juana no renunció a la escritura, siguió escribiendo (ahí están los *Enigmas* y otros textos que se hallaron en su celda después de su muerte), sino a la fama que ésta conllevaba.

Aquí hay que hablar de lo que, creo, es la propuesta más interesante de Soriano: la relectura, libre de prejuicios, de la *Carta de Sor Filotea de la Cruz*. ¿Quién era realmente, para sor Juana, el obispo Fernández de Santa Cruz? Si dejamos de lado por un momento la historia de héroes y villanos que ha fraguado la crítica en los últimos quince años y decidimos leer atenta y honestamente la *Carta* del obispo a sor Juana, ¿podrá seguir en pie la figura de Santa Cruz como un obispo regañón, misógino, envidioso de la fama, detonador de la debacle final de la monja? ¿Se podría seguir sosteniendo esa nebulosa historia de una conspiración entre los altos mandos eclesiásticos de la cual sor Juana fue víctima indirecta, piensan unos (como Paz y Puccini), directa, opinan otros (como Trabulse)? La sensata y ponderada relectura de la *Carta de Sor Filotea* demuestra que no: si sor Juana tuvo un admirador, un hombre que apreciara realmente su capacidad intelectual, ése fue el obispo de Puebla. Por eso publicó la *Atenagórica*; le insistió en que se dejara de hacer “versitos” (esos poemitas amorosos que cualquier versificador de medio pelo, en esa época tan dada a estos ejercicios poéticos, podía facturar), por eso la invitó a usar su talento en empresas de mayor envergadura.

Soriano ve en las amonestaciones de Fernández de Santa Cruz, por un lado, esa admiración de casi colegas en lo que a cuestiones de teología se refiere y, por otro, los reparos y consejos obvios en un sacerdote que ha dedicado su vida a ser guía de monjas. Creo que esta visión del obispo puede estar más apegada a la verdad que la del villano que tan artificialmente nos ha construido la crítica. Según esta lectura, Soriano considera que la *Carta de Sor Filotea* influyó en la decisión de los últimos años de sor Juana. No sé hasta qué punto pueda haber sido así, pues la respuesta de sor Juana fue muy valiente, sincera, firme y decidida. Pero sí considero un hecho que ni la publicación de la *Atenagórica* ni la *Carta de Sor Filotea* fueron parte de ninguna conspiración contra sor Juana, y todavía es menos probable que hayan sido manifestaciones de la envidia o inquina de Fernández de Santa Cruz hacia sor Juana.

Soriano intenta también poner en su entorno la actuación del padre Núñez y del arzobispo Francisco de Aguiar y Seixas. Los dos personalidades muy fuertes, de convicciones tan firmes como intolerantes. En lo que toca al primero, Soriano propone que su relación con sor Juana fue más o menos armoniosa, pues partió de cierta coincidencia de finalidades (por ejemplo, los dos coincidían en que la entrada al convento era la manera de conjurar el peligro de la fa-

ma que ya prometía su incipiente celebridad), pero, en el camino, uno de los dos cambió, de ahí el rompimiento. Estoy de acuerdo, en parte, pues es evidente que nadie forzó a sor Juana a escoger a Núñez como confesor; asimismo, es evidente que Núñez debía cumplir con su obligación pastoral y es evidente también que había una contraposición entre la soberbia de la monja y su deber de humildad, que el confesor le recordaría constantemente. Con todo, creo que además de esta tensión natural, sí existió el “choque de almas” del que habló Ezequiel Chávez. Entre sor Juana y Núñez hubo más discrepancias que coincidencias: sor Juana era una amante del ejercicio intelectual, una inteligencia inquisidora que siempre pretendía ir más allá; Núñez, en cambio, era un catequista, pragmático, ortodoxo y poco proclive a la especulación. Y también creo, pues se desprende de las entrelineas y el tono de la *Carta* al confesor, que, a diferencia de Fernández de Santa Cruz, a Núñez no sólo lo movieron afanes espirituales o pastorales, sino otros más humanos, si se quiere mezquinos, que no excluyen a los primeros, pero que también eran parte de la compleja personalidad del confesor de sor Juana.

En cuanto a Aguiar y Seixas, escribe Soriano: “El Arzobispo... no era quizás fray Payo, y quizás no era, como él, aficionado a las «letras», pero tampoco lo vemos impedir las de sor Juana”. En efecto, coincido con Soriano, hasta ahora no hay evidencias de que Aguiar actuara directamente contra sor Juana, pero ella formaba parte de un mundo que él reprobaba (las comedias, la poesía “banal”, la fama pública) y su cruzada contra estas cosas debió incidir en la actividad de sor Juana.

Para terminar, quiero referirme a una apreciación que parece sugerirse a lo largo de todo el libro, que sólo se hace explícita en las páginas 76 y 77, acerca el gusto o no gusto de sor Juana por hacer versos. En las páginas mencionadas, dice el autor que él no duda de la sinceridad de la monja cuando, en la *Carta* al P. Núñez, habla de su indiferencia hacia los versos o cuando, en la *Respuesta a Sor Filotea*, dice que lo único que escribió por gusto fue el *Sueño*. “¿No es tal confesión —se pregunta Soriano— dentro de este contexto, una prueba extra de que la mayor parte de su producción fue *sobreabundante*, o sea, como un rebozo inintencionado, de su ser espiritual?” (p. 76). Sabemos que la mayor parte de la obra de sor Juana fue bajo pedido, como lo fue la de Lope o Góngora, pero eso no implica indiferencia: sor Juana no sólo cumplía con aplicación, sino que disfrutaba haciéndolo. Y así como no hay que poner en su lugar y contexto a los terroríficos eclesiásticos que ha inventado el sorjuanismo moderno, hay que saber descubrir las auténticas pasiones de sor Juana. De una habló siempre muy clara y decididamente, de su pasión por el conocimiento. De la otra nos dejó versos inolvidables y una que otra hermosa confesión, como la que encontramos en su romance al Conde

de la Granja. Ella no pensaba responder al poema del Caballero Peruano, pero sucumbió al hechizo, pues este “diablo de Romance / tiene, en su oculto artificio, / en cada copla una fuerza / y en cada verso un hechizo”.

Así, pues, una biografía espiritual de sor Juana no puede prescindir de la monja, pero tampoco soslayar a la poetisa, aunque a veces, la misma sor Juana —quizás asustada ante la fuerza de su pasión— la oculte tras el disfraz de la obligación.

MARTHA LILIA TENORIO
El Colegio de México

MANUEL MARÍA PÉREZ LÓPEZ, y EMILIO MARTÍNEZ MATA (eds.), *Revisión de Torres Villarroel*. Universidad, Salamanca, 1998; 216 pp. (*Acta Salmanticensia: Estudios Filológicos*, 270).

El último cuarto del siglo xx fue a menudo tildado de época de egolatría, se multiplicaron los cursos y los simposios dedicados a la autobiografía y hubo un nuevo interés en la primera autobiografía española reconocible como tal, la de Torres Villarroel. Una recopilación de ensayos hecha en Salamanca ofrece nuevos enfoques sobre la obra del célebre catedrático de aquella Universidad, además, lleva a cabo una actualización por parte de los que más se han dedicado a él, perfilándolo como representante de su época e iniciador no despreciable de géneros literarios: el almanaque-ensayo y la autobiografía, o, según su expresión, la “novela certificada”.

En una verdadera revisión general, M. M. Pérez López disculpa a Torres de los achaques del pasado, de ser pícaro, ignorante, retrógrado e impostor, y propone tres ideas: tenía una mentalidad de científico, fue innovador en su voluntad de estilo y, en vez de ser un hijo más de la Contrarreforma, fue más bien un disidente progresista. Vivió entre 1685 y 1725, los años de la célebre Crisis de la conciencia europea —que alcanzó por otra parte la Nueva España—, crisis que Pérez López ve en gran medida como de la epistemología.

Se vio obligado Torres a “vender” sus innovaciones, incluyéndolas en sus almanaques, de modo que no azorara a las autoridades de la Universidad y a la Iglesia. Pero además de prudente fue un visionario en cuanto a descubrimientos; no estaría nadie más avanzado que él en la divulgación de las ciencias en España (p. 20). Aunque Torres en 1727 heredaba el geocentrismo y la neumatología del todavía respetado Atanasio Kircher, hacia 1737 ideas más modernas le preocupaban. Defiende, por ejemplo, a Feijoo, prescindiendo del escepticismo de éste en lo de las señales en los cielos —piénsese en los